

AFTER

ANTES DE ELLA

TODO
CAMBIARÁ



UN FENÓMENO
wattpad

 Planeta

@IMAGINATOR1D

ANNA TODD

0

ANNA TODD

AFTER. ANTES DE ELLA

(Serie After, 0)

Traducción de
Vicky Charques y Marisa Rodríguez

 Planeta

Título original: *Before*

© Anna Todd, 2015

La autora está representada por Wattpad.

Publicado de acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© por la traducción, Traducciones Imposibles, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

pág. 104: © *War Pigs*, 2013 Blue Paradise Records, interpretada por Black Sabbath.

pág. 457: © *Blood Bank*, 2009 Jagiaguwar, interpretada por Bon Iver.

Primera edición: noviembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14791-6

Depósito legal: B. 22.954-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: C.P.I.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

De pequeño, el niño soñaba con qué sería de mayor.

Quizá policía, o profesor. Vance, el amigo de mamá, trabajaba leyendo libros, y eso parecía divertido. Pero el chico dudaba de su capacidad; no tenía aptitudes. No sabía cantar como Joss, un niño de su clase. No sabía sumar y restar números largos como Angela. Apenas era capaz de hablar delante de sus compañeros, a diferencia del dicharachero Calvin. Con lo único que disfrutaba era leyendo páginas y páginas de sus libros. Esperaba ansioso a que Vance se los llevara, lo que solía ser una vez a la semana, en ocasiones más, otras menos. Había épocas en las que no aparecía, y entonces se aburría y releía las páginas gastadas de sus obras favoritas. Pero aprendió a confiar en que aquel hombre tan simpático siempre acabaría volviendo, libro en mano. Y el niño crecía y se volvía cada vez más inteligente, unos dos centímetros y un libro nuevo cada dos semanas.

Sus padres fueron cambiando con las estaciones. Su padre cada vez gritaba más y tenía peor aspecto; su madre estaba cada vez más cansada y sus sollozos inundaban el silencio de la noche y se volvían cada vez más intensos. El olor a tabaco y a cosas peores empezó a filtrarse en las pa-

redes de la pequeña casa. Los platos sucios se desbordaban de la pila de la cocina, y el aliento de su padre apestaba a whisky. Con el paso de los meses, en ocasiones incluso llegaba a olvidar por completo el aspecto que tenía su padre.

Vance acudía cada vez con más frecuencia, y él apenas reparó en el modo en que los gemidos de su madre se transformaron por las noches. Había hecho amigos. Bueno, un amigo. Ese amigo se trasladó a otro lugar y ya no se molestó en hacer otros nuevos. Sentía que no los necesitaba, no le importaba estar solo.

Los hombres que se presentaron en su casa aquella noche cambiaron algo en lo más profundo de su ser. Presenciar lo que le sucedió a su madre lo endureció; lo transformó en una persona cargada de ira, y su padre se convirtió en un extraño para él. Poco tiempo después, aquél dejó de aparecer tambaleándose por la minúscula y mugrienta casa. Desapareció del mapa, y el chico sintió alivio. Se acabó el whisky. Se acabaron los muebles rotos y los agujeros en las paredes. Lo único que dejó atrás fue a un hijo sin un padre y un salón lleno de paquetes de cigarrillos medio vacíos.

El muchacho detestaba el sabor que le dejaba el tabaco, pero le encantaba el modo en que el humo inundaba sus pulmones y le robaba el aliento. Acabó fumándose los todos, y después compró más. Hizo amigos, si se podía llamar *amigos* a un grupo de delincuentes rebeldes que le causaban más problemas que otra cosa. Empezó a salir hasta tarde, y las mentirijillas piadosas y las bromas inofensivas del grupo de adolescentes furiosos acabarían transformándose en actos más graves. Se convirtieron en algo más oscuro, algo que todos sabían que estaba mal, en

el sentido más profundo de la palabra, pero pensaban que sólo se estaban divirtiendo. Creían que tenían todo el derecho del mundo a comportarse así, y eran incapaces de negarse el subidón de adrenalina que les causaba el poder que sentían. Tras cada inocencia que robaban, sus pulsos latían con más arrogancia, con más sed de causar dolor y menos límites.

Este chico seguía siendo el más blando de todos ellos, pero había perdido la conciencia que en su día lo hizo soñar con ser bombero o profesor. La relación que estaba desarrollando con las mujeres no era la habitual. Ansiaba su contacto, pero se protegía contra cualquier tipo de conexión emocional. Esto incluía a su madre, a quien había dejado de decirle hasta el más simple «te quiero». Apenas la veía. Se pasaba la mayor parte del tiempo en la calle, y su casa pasó a ser sólo el sitio en el que recibía paquetes de vez en cuando, en los que aparecía una dirección del estado de Washington escrita bajo el nombre de Vance como remitente.

Vance también lo había abandonado.

Las chicas se fijaban en él. Se abalanzaban sobre él, le clavaban sus largas uñas dejándole medialunas marcadas en los brazos mientras él les mentía, las besaba y se las tiraba. Después de practicar el sexo, la mayoría de ellas intentaban rodearlo con los brazos, pero él las apartaba y les negaba sus besos y sus caricias. En casi todas las ocasiones se largaba antes de que ellas hubiesen recobrado el aliento. Se pasaba los días y las noches colocado en el callejón de detrás de la licorería o en la tienda del padre de Mark, malgastando su vida. Robaba botellas de alcohol, grababa vídeos manteniendo relaciones sexuales y humillaba a chicas

ingenuas. Había dejado de sentir emociones más allá de la arrogancia y la rabia.

Al final, su madre dijo basta. Ya no tenía ni dinero ni paciencia para lidiar con su comportamiento destructivo. A su padre le habían hecho una oferta de trabajo en una universidad de Estados Unidos. En Washington, concretamente, el estado en el que vivía Vance, en la misma ciudad, incluso. El bueno y el malo juntos en el mismo lugar una vez más.

Su madre creía que no la estaba escuchando cuando habló con su padre sobre enviarlo allí. Al parecer, el viejo se había desintoxicado, aunque él no estaba seguro. Nunca lo estaría. Además, se había echado novia, una mujer a la que le tenía celos, ya que ella podía ver lo bueno de su nueva faceta; podía compartir las comidas sobrias y las palabras amables de las que él nunca disfrutó.

Cuando llegó a la universidad, se mudó a una casa de fraternidad. Lo hizo sólo por fastidiar a su viejo pero, aunque no le gustaba el lugar, en cuanto trasladó sus cajas a esa habitación con un tamaño bastante decente que sería sólo suya, sintió una especie de alivio. El dormitorio era el doble de grande que el que tenía en Hampstead. No tenía agujeros en las paredes y no había bichos reptando por los lavabos del cuarto de baño. Por fin tenía un lugar en el que colocar todos sus libros.

Al principio se pasaba el tiempo solo y no se molestó en hacer amigos. Su pandilla se fue juntando poco a poco, y con ella volvió a caer en el mismo comportamiento oscuro.

Conoció al doble de Mark, a su versión estadounidense, y eso lo hizo pensar que así era como se suponía que tenía

que ser el mundo. Empezó a aceptar que siempre estaría solo. Se le daba bien hacer daño a la gente. Hirió a otra chica, como a la anterior, y volvió a sentir esa tormenta eléctrica que ascendía y descendía por su espalda y que amenazaba con destruir su vida con su furiosa energía. Empezó a beber tanto como su padre lo había hecho en su día, cosa que lo convirtió en el peor de los hipócritas.

Pero le daba igual; apenas era capaz de notar sensación alguna, y tenía amigos que lo ayudaban a olvidar el hecho de que no tenía nada auténtico en la vida.

Nada importaba.

Ni siquiera las chicas que intentaban llegar hasta él.

NATALIE

Cuando conoció a esa chica de ojos azules y cabello oscuro supo que estaba ahí para ponerlo a prueba de un modo distinto. Era buena, el alma más noble que había conocido hasta el momento..., y estaba perdidamente enamorada de él.

Sacó a la pobre ingenua de su vida perfecta y la arrastró hasta un mundo oscuro y sórdido para después abandonarla a su suerte en aquel ambiente que le era completamente ajeno. Su crueldad hizo de ella una marginada. Primero la repudió su iglesia y después su familia. Las críticas eran duras, los rumores se extendían de beata en beata, y su familia no se portó mucho mejor. Se quedó sola, y cometió el error de confiar en que él era más de lo que era capaz de ser.

Lo que le hizo a esa chica fue la gota que colmó el vaso para su madre, de modo que lo envió a Estados Unidos, al estado de Washington, con su supuesto padre. Su manera de tratar a Natalie lo exilió de su Londres natal. Al final había conseguido que la soledad que había sentido todo ese tiempo se hiciera realidad.

Hoy los bancos de la iglesia están repletos de feligreses que han acudido a rezar en esta calurosa tarde de julio. Todas las semanas viene la misma gente, y conozco los nombres y los apellidos de todos ellos.

Mi familia y yo vivimos como reyes aquí, en una de las ciudades más pequeñas de Jesús.

Mi hermana pequeña, Cecily, está sentada a mi lado en primera fila, tirando con sus deditos de unas astillas del viejo banco de madera. Acaban de concederle una subvención a nuestra parroquia para renovar parte de los interiores, y nuestro grupo de juventudes ha estado ayudando a recoger materiales donados por la comunidad. Esta semana, nuestra misión es conseguir pintura para pintar los bancos. Me he pasado la tarde yendo de una ferretería a otra pidiendo donaciones.

Como para subrayar el fracaso que siento con respecto a esa tarea, oigo un leve chasquido y, cuando me vuelvo, veo que Cecily ha arrancado un trocito de madera de su asiento. Tiene las uñas pintadas de rosa, a juego con el lazo que luce en su cabello castaño oscuro, pero ¡madre mía, qué destructiva es!

—Cecily, arreglaremos los bancos la semana que viene. Estate quieta. —Le cojo sus manos con suavidad y hace pucheritos—. ¿Quieres ayudarnos a pintarlos para que vuelvan a estar bonitos?

Le sonrío; ella me responde con su adorable sonrisa mellada y asiente con la cabeza. Sus rizos rebotan con cada uno de sus movimientos, para orgullo de mi madre, que se los ha hecho con la plancha esta mañana.

El pastor casi ha terminado con el sermón, y mis padres están cogidos de la mano mirando hacia el frente de la pequeña iglesia. El sudor se ha estado acumulando en mi cuello y sus pegajosas gotas descienden por mi espalda mientras oigo de fondo sus palabras sobre el pecado y el sufrimiento. Hace tanto calor aquí dentro que el maquillaje de mi madre empieza a relucir en su garganta y a correrse alrededor de sus ojos. Sin embargo, ésta debería ser nuestra última semana de padecer sin el aire acondicionado. O, al menos, eso espero; de lo contrario, hasta es posible que finja estar enferma para evitar este horno.

Cuando termina la misa, mi madre se levanta para hablar con la mujer del pastor. La admira mucho, demasiado, diría yo. Pauline, la primera dama de nuestra iglesia, es una señora dura y muy poco empática, de modo que entiendo por qué a mi madre le llama tanto la atención.

Saludo a Thomas con la mano, el único chico de mi edad de las juventudes. Me devuelve el saludo mientras sigue la fila de personas que salen de la iglesia con toda su familia. Lista para respirar un poco de aire fresco, me levanto y me seco las manos en mi vestido azul pastel.

—¿Puedes llevar a Cecily al coche? —me pregunta mi padre con una sonrisa cómplice.

Se dispone a intentar que mi madre deje de parlotear, como todos los domingos. Es una de esas mujeres que siguen hablando y hablando después de haberse despedido unas tres veces.

No me parezco a ella en ese sentido. En eso he salido a mi padre, cuyas escasas palabras suelen estar cargadas de un enorme significado. Y sé que mi padre se siente orgulloso de las cosas que he heredado de él, desde su discreto

comportamiento hasta nuestros rasgos más evidentes: el pelo oscuro, los ojos azul pálido y la altura. O, más bien, la falta de ella. Apenas medimos un metro sesenta y siete, aunque él es ligeramente más alto que yo. Mamá siempre bromea con que Cecily nos pasará en cuanto cumpla los diez.

Asiento y cojo a mi hermana de la mano. Camina más rápido que yo, y el entusiasmo de la juventud la hace apresurarse entre el pequeño grupo de feligreses. Quiero tirar de ella para que espere, pero se vuelve hacia mí ofreciéndome la mejor de sus sonrisas y no puedo evitar seguirla. Echamos a correr por la escalera hasta el patio. Cecily esquiva a una pareja de ancianos, y me echo a reír cuando da un grito, a punto de chocar con Tyler Kenton, el chico más travieso de la parroquia. El sol brilla, siento el aire denso en mis pulmones y corro cada vez más rápido, siguiéndola, hasta que tropieza y cae sobre el césped. Me arrodillo para comprobar que está bien, me inclino sobre ella y le aparto el pelo de la cara. En sus ojos, las lágrimas amenazan con brotar, y el labio inferior le tiembla con violencia.

—El vestido... —Se palpa el vestido blanco mirando las verdes manchas de césped en la tela—. ¡Se ha estropeado! —exclama, y se cubre el rostro con las manitas sucias.

Se las aparto y se las coloco sobre su regazo. Sonrío y le digo con voz suave:

—No se ha estropeado. Se puede lavar, cariño.

Paso el dedo pulgar por su párpado inferior para secarle una lágrima que pretendía descender por su mejilla. Ella se sorbe los mocos, dudando si creerme o no.

—Pasa muchas veces; a mí me ha pasado por lo menos treinta veces —le garantizo, aunque es mentira.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba y se esfuerza por no sonreír.

—No es verdad —responde a mi mentirijilla.

La abrazo y tiro de ella para levantarla. Echo un vistazo a sus pálidas extremidades para asegurarme de que no tiene nada. Está intacta. Continúo rodeándola con el brazo mientras caminamos por el patio de la iglesia en dirección al aparcamiento. Mis padres se aproximan desde esa dirección. Él por fin ha conseguido cortar los chismorreos de mi madre.

Durante el trayecto a casa, me acomodo en el asiento trasero con Cecily y dibujamos pequeñas mariposas en su cuaderno de colorear favorito mientras mi padre habla con mi madre sobre el problema que hemos tenido últimamente con un mapache que hurga en nuestro contenedor de la basura. Mi padre deja el coche en marcha cuando estaciona en el acceso. Cecily me da un besito rápido en la mejilla y sale del vehículo. Yo también salgo, abrazo a mi madre y recibo un beso de mi padre antes de ocupar el asiento del conductor.

Mi padre me mira.

—Ve con cuidado, bichito. Con el día tan bueno que hace hoy, hay mucha gente por ahí —dice haciendo visera con la mano para cubrirse los ojos entornados por la luz.

Es el día más soleado que hemos tenido en Hampstead desde hace tiempo. Ha hecho calor, pero sol no. Asiento y le prometo que estaré bien.

Espero a salir del barrio para cambiar la emisora de radio. Subo el volumen y canto todas las canciones que ponen de camino al centro de la ciudad. Mi objetivo es conseguir que las tres tiendas que voy a visitar donen tres cubos

de pintura cada una. Me conformo con que donen uno, pero mi objetivo es que sean tres para que haya suficiente para pintarlo todo bien.

La primera tienda, Mark's Paint and Supply, es famosa por ser la más barata de la ciudad. Mark, el propietario, goza de muy buena reputación, y tengo muchas ganas de conocerlo. Estaciono en el parking, que está casi vacío. Aparte del mío, sólo hay un coche de estilo clásico pintado de rojo manzana de caramelo y un monovolumen. El edificio es viejo, compuesto de tablones de madera y yeso inestable. El cartel está torcido, y la «M» apenas se lee. La puerta de madera cruje al abrirse y hace sonar una campanilla. Un gato salta de una caja de cartón y aterriza a mis pies. Acaricio a la bola de pelo durante un instante y luego me dirijo al mostrador.

El interior de la tienda está tan descuidado como el exterior y, con todo lleno de trastos, en un principio no veo al chico que está de pie tras él. Su presencia me coge un poco por sorpresa. Es alto y de espalda ancha. Parece el típico que lleva años haciendo deporte.

—¿Mark...? —digo esforzándome por recordar su apellido.

Todo el mundo lo llama Mark a secas.

—Mark soy yo —replica una voz por detrás del chico atlético.

Me inclino un poco hacia un lado y veo a otro chico vestido todo de negro sentado en una silla. No es tan corpulento como el primero, pero la presencia que emana es mucho más imponente. Tiene el pelo oscuro, largo por los lados y con una especie de flequillo que le cae hacia un lado de la frente. Sus brazos están repletos de tatuajes desperdigados aquí y allá en un mar de piel bronceada.

Los tatuajes no me van mucho pero, en lugar de juzgarlo, en lo único que pienso es en lo moreno que está todo el mundo menos yo este verano.

—No le hagas caso. Soy yo —dice una tercera voz.

Me vuelvo hacia el otro lado del primer chico y descubro a un tercero de mediana estatura, de constitución delgada y con el pelo muy rapado.

—Bueno, soy Mark hijo. Si buscas a mi viejo, hoy no está.

Éste también tiene algunos tatuajes, aunque los suyos son más discretos que los del chico de cabello alborotado, y también lleva un piercing en la ceja. Me acuerdo de cuando dije en casa que quería hacerme un piercing en el ombligo y, a día de hoy, aún me río al recordar cómo se escandalizaron.

—Éste es el mejor de los dos Marks —interviene el chico del pelo alborotado con su voz profunda y grave.

Sonríe y, al hacerlo, dos preciosos hoyuelos se dibujan en sus mejillas.

Me río al imaginar que eso no es en absoluto verdad.

—Lo dudo mucho —bromeo.

Todos se echan a reír, y Mark hijo se acerca con una sonrisa en los labios.

El chico de la silla se levanta. Es tan alto que su presencia se intensifica todavía más. Se aproxima y me siento aún más pequeña a su lado. Su rostro es fuerte y atractivo, con un mentón afilado, unas pestañas oscuras y unas cejas pobladas. Tiene la nariz fina y los labios de un rosa claro. Me quedo mirándolo, y él a mí.

—¿Buscabas a mi padre por algo? —pregunta Mark.

Al ver que no respondo de inmediato, Mark y el atleta se nos quedan mirando.

Vuelvo en mí al instante y, algo avergonzada de que me hayan pillado mirando, inicio mi discurso:

—Vengo de la iglesia bautista de Hampstead y me preguntaba si os gustaría donarnos pintura o algunos materiales. Estamos remodelando la iglesia y necesitamos donativos...

Me detengo porque el chico encantador de los labios rosa empieza a susurrarles algo a sus amigos en una voz tan baja que no puedo oír lo que dice. Entonces paran, y todos me miran a la vez; tres sonrisas en fila.

Mark es el primero en hablar.

—Por supuesto que sí —dice.

Al sonreír me recuerda a una especie de felino, no sabría decir por qué. Le devuelvo la sonrisa y empiezo a darle las gracias.

Entonces se vuelve hacia su amigo, el del barco gigante tatuado en el bíceps.

—Hardin, ¿cuántas latas hay ahí?

«¿Hardin?» Qué nombre tan raro. No lo había oído nunca.

Las mangas de la camiseta negra del tal Hardin apenas le cubren la mitad del barco de madera. Es muy bonito: los detalles y las sombras están muy conseguidos. Cuando levanto la vista para mirarlo a la cara, me detengo un instante en sus labios y siento el calor que invade mis mejillas. Me está mirando directamente, observando cómo analizo su rostro. Veo que Mark y Hardin establecen contacto visual, pero no consigo distinguir lo que el primero le articula.

—¿Y si hacemos un trato? —dice Mark, señalando a Hardin con un gesto de la cabeza.

Esto promete ser interesante. El tal Hardin parece divertido; un poco raro, pero hasta el momento me gusta.

—¿Cuál?

Me enrosco las puntas del pelo en el dedo y espero. Hardin sigue mirándome. Es como si ocultara algo. Lo siento desde el otro lado de la pequeña tienda. Tengo mucha curiosidad por este chico que se está esforzando tanto en dar esa imagen de duro. Me horrorizo al preguntarme qué pensarían mis padres y cómo reaccionarían si apareciera en casa con él. Mi madre cree que los tatuajes los hace el demonio, pero no sé. No me apasionan, aunque considero que pueden ser una forma de autoexpresión y, sin duda, siempre hay belleza en algo así.

Mark se rasca el mentón imberbe.

—Si accedes a tener dos citas con mi amigo Hardin, aquí presente, te daré cuarenta litros de pintura.

Miro a Hardin, que me observa con una sonrisa maliciosa dibujada en las comisuras de sus labios. Qué labios tan bonitos tiene. Sus rasgos ligeramente femeninos lo hacen más atractivo que su ropa negra y su pelo revuelto. ¿Era eso lo que estaban susurrando? ¿Que le gusto a Hardin?

Mientras considero la proposición que me ha hecho, Mark sube la apuesta:

—De cualquier color. Con el acabado que quieras. A cuenta de la casa. Cuarenta litros.

Es un buen vendedor.

Chasqueo la lengua contra el paladar.

—Una cita —respondo.

Hardin se echa a reír. Su nuez se mueve con cada carcajada y sus hoyuelos aparecen de nuevo en sus mejillas. Vale, es muy muy sexi. No entiendo cómo no me he dado

cuenta desde el primer momento. Estaba tan concentrada en conseguir la pintura que apenas me había fijado en lo verdes que son sus ojos bajo las luces fluorescentes de la tienda de pinturas.

—Que sea una cita, entonces. —Hardin se mete la mano en el bolsillo y Mark mira al caballero rapado.

Sintiéndome bastante victoriosa ante el éxito de mi pequeño regateo, sonrío y nombro los colores que necesito para los bancos, las paredes y la escalera y finjo no estar deseando que llegue el momento de mi encuentro con Hardin, el chico misterioso de pelo alborotado que es tan inocente y tímido que está dispuesto a intercambiar cuarenta litros de pintura por una cita.